

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid, 4 rs. almes.—Provincias, 12 trimestre; 24 semestre; 44 año, haciendo directamente la suscripción a esta Administración. El que se suscriba por conducto de nuestros corresponsales, pagará 2 reales más.—Ultramar y Extranjero tres meses, 40 rs.; seis 80; año 160.—Repúblicas Americanas y Filipinas: 80 rs. trimestre; 160 semestre; año, 300.—Paquetes de 25 ejemplares para la venta pública 3 rs.—Anuncios y comunicados a precios convencionales.—Redacción y Administración, fomento, 15, segundo.

LA OPINION PÚBLICA

DIARIO POLÍTICO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en la administración, y redacción, Fomento, 15, segundo, y en la librería de Aguado, Pontejos, 8.—En provincias en casa de nuestros corresponsales y en todas las librerías, acompañando siempre el importe al pedido, sin cuyo requisito no se servirá ninguna suscripción.—El pago se hará en libranzas del Giro Mútuo, letras de fiado o en sellos (no se admiten de guerra), certificando las cartas que contengan sellos.—Al corresponsal o suscriptor que haga diez suscripciones se le servirá un ejemplar gratis.

LA OPINION PÚBLICA.

Martes 25 de Mayo de 1875.

LOS PARTIDOS.

Una de las mayores calamidades que pueden aquejar a un país son las divisiones y subdivisiones en grupos que se denominan por su propia cuenta partidos políticos; que dicen tener cada cual su cuerpo de doctrina; que todos se proclaman salvadores de la patria, y quizás haya en todos individualidades cándidas que se lo creen, y que entre sí mueven cruda guerra y tan confusa algarrabía que nadie logra ya entenderse, porque la palabra tiene distinto significado según el grupo que la pronuncia ó el periódico que la escribe; semejando esto, si yano sobrepuja, a la confusión de lenguas de que nos hablan los libros santos.

Pregúntese a todas y cada una de esas agrupaciones por su sistema de gobierno y sus doctrinas, y de seguro responde que es la única fracción moral que conoce nuestras necesidades económicas y nuestras conveniencias administrativas, y posee el secreto de darnos la verdadera y bien entendida libertad; y sin embargo, nuestra Hacienda ofrece cada día un estado más triste; de nuestra administración no puede hablarse, porque acaso valiera más no tenerla; y la consabida libertad debe ser una de esas perpétuas encubiertas que se pasan la vida enmascaradas y enseñando el rostro por brevísimos momentos y a hurtadillas, pues todavía no tenemos el gusto de conocerla.

Van a cumplirse cuarenta años desde que se planteó entre nosotros por tercera vez el sistema parlamentario, y la libertad, que ya se echaba de menos, y que dicen los que vieron aquellos días de esperanzas, estaba llamando a nuestras puertas, ansiosa de ofrecernos las venturas que dicen dispensa a los que bien la reciben, debe haber sido maltratada por algún reaccionario empedernido que haga las veces de portero en este endiablado asunto, porque es lo cierto que no hemos tenido la satisfacción de que penetre en nuestro hogar, probablemente por las causas que en el Senado apuntaba el marqués de Corvera.

Todos la invocan para subir a las alturas del poder, desde el aristocrático y grave moderado, hasta el desarapado petrolero, que por nuestra dicha a todos los hemos tenido por señores, a fin de que a todos los conociésemos; y sin embargo de tanta invocación, esa libertad de nuestras culpas, sin mostrarse a los ávidos españoles, es posible que por hacernos desesperar, y quien sabe si para que se cumpla y tenga carácter de cosa seria, lo que no puede menos de calificarse de broma pesada, aquella estendida conseja popular que nos presenta condenados a malos gobiernos, ni más ni menos que si fuésemos todos los españoles galeotes incorregibles a quienes la Providencia hubiese impuesto la condena de sufrir desgovernmento permanente, como la justicia de la tierra castiga con reclusión perpétua a los criminales, a quienes, a su juicio, la sociedad renun-

cia a corregir ó quiere que sirvan de ejemplo saludable, de carácter permanente a los que andan fuera del Código penal.

Y no lo decimos para lanzar sobre este ó aquel grupo la responsabilidad de nuestro desencanto y nuestra ruina, aunque hay también españoles que no han necesitado desencantarse, pues habría injusticia en atribuir a unos lo que han hecho entre todos, pudiendo muy bien aplicarles las palabras del Sr. Barzanallana, a propósito de las constituciones; sino que lo asentamos porque es una verdad inconcusa que a los partidos todos que han andado en el consabido juego, cabe la responsabilidad, y a nosotros los paganos, sólo toca el papel de víctimas, que nada tiene de agradable ni entretenido.

Ello es que una serie inconmensurable de sabios hacendistas, y una falange inmensa de ministros políticos, cuyo número hemos olvidado y se va haciendo difícil precisar, nos han ofrecido por turno resolver los problemas económicos de España, y elevarnos a la categoría de hombres libres; y efectivamente los han resuelto de una manera tan cumplida, que ya nada tenemos que empeñar ni que vender, como no se lleve al mercado el aire que respiramos ó el sol que nos ilumina, propiedades comunes a todos los hombres que por nuestra fortuna no son cotizables; y tan libres somos y hemos sido en la no interrumpida serie de años a que nos venimos refiriendo, que ya nuestra libertad, por la elevación a que se halla, piérdese en las nubes y no hay medios de alcanzarla.

Quizás nos equivoquemos en nuestras apreciaciones, que al cabo estamos sujetos a error como todos los hombres, y ni siquiera hemos sido ministros, que son los únicos que no yerran, como lo prueban las mayorías mientras gobiernan; pero es el caso que debemos mucho, pese a tanta maravillosa elucubración rentística, y no hay medio de cumplir nuestras obligaciones; y en punto a libertad sólo se nos alcanza que la hemos disfrutado más lata cuando menos se hablaba de ella, de donde se concluye que somos más libres a medida que son menores los grados de liberalismo que predominan en la gestión de la cosa pública.

¿De dónde nacen, se nos preguntará, ese estado de ruina y esta situación anti-libre que nos agobia en medio de los cánticos de la libertad, y más nos ha agobiado a medida que esta se mostraba más esplendorosa? De los partidos, contestaremos sin vacilar, de su crecimiento, de sus formaciones y de su sorprendente pluralidad, y vamos en pocas palabras a demostrarlo.

No hay español que ignore que a medida que han avanzado los tiempos, nuestras obligaciones ordinarias y nuestra deuda han ido creciendo, creciendo y siempre creciendo, y nuestras reservas, nuestros recursos para un conflicto de la patria, han ido bajando, bajando, siempre bajando, hasta desaparecer; como todos saben que aquello de la libertad ha sido una broma, tanto más pesada, cuanto mayor era la cantidad de derechos que se ofrecía, y como es notorio que estos

progresos negativos han seguido una marcha uniforme a la aparición y formación de nuevas parcialidades políticas, que en esto si vamos ganando siempre, y nos anima la grata esperanza de no perder en el número y ¡quién sabe! acaso tampoco en la calidad.

Allá por los años de 1833 sólo había en España dos partidos: el liberal y el absolutista, dividido aquel en dos grandes ramas, la progresista y la moderada. Descartemos al segundo de aquellos partidos primitivos, porque no nos gusta consumir nuestro tiempo hablando de gente que pasó, según nos han dicho, pues ni siquiera los hemos conocido; y hablemos sólo de las dos ramas liberales y de sus numerosos hijos.

Eran dos, como apuntábamos, y se disputaban el poder, pero anduvieron los tiempos, vino uno de nuestros gloriosos motines, el de 1854, y se dibujaron otros dos: el unionista, que dicen formó Iglesia, aunque de esto no estamos bien informados, porque nunca la hemos visto, y el democrata que servía de cobrera, perdónese lo vulgar de la palabra, al republicano.

Sucédense los días; los unionistas suben al poder como los hombres formales, y aparte de los disidentes, los dimitente, y otros terminados en entes, les sale al paso un nuevo partido, el liberal-conservador, el de la ancha base y otros calificativos más, que falleció en flor, pero dejando una semilla que parece ha fructificado, y doctores tiene la Iglesia ministerial que pueden explicarlo.

Llegamos al más piramidal y soberbio de los motines pasados, presentes y futuros, el de 1868, y aquí es ella: aparecen francamente los republicanos, y unos cuantos caballeros se les separan, declarándose demócratas-monárquicos, mezcla que nunca hemos entendido, y como estas épocas de gran libertad son prodigiosamente engendradoras, de los informes y grupos se forman en seguida nada menos que el partido constitucional de la de los *inaquantables*, y el partido radical, y los republicanos unitarios, y los *posibilistas* (bonito nombre), y los de Salmeron, y los de Figueras, y los de Pí Margall, el de los pactos sinalagmáticos, y los cantonalistas y los internacionalistas, todo sin perder ninguno de los que ya teníamos, y al vernos tan bien hallados, tan libres y tan ricos como es público, y rebozando por todas partes la dicha que esto proporciona, nos estasió el júbilo, y ni la revolución pudo llegar a más, ni España a menos, de tal modo, que ya era ocasión de decir que todo había acabado; y véase como se demuestra nuestro aserto, de que a medida que se aumentaban los partidos, éramos más pobres y menos libres.

Cualquiera creará que nuestra fecunda potencia creadora estaba agotada; pero ese cualquiera se equivoca miserablemente porque ahí tenemos a un señor Santa Cruz y compañeros no mártires que nos regalan un partidito llamado *meridional*, pues ya se van agotando los nombres, que nada hay que pedirle; y todavía dicen los murmuradores, aunque nosotros no lo creemos, que el señor Cánovas pide muy necesitado que se or-

ganice un partido nuevo para que él lo capitaneé, y si esto fuera cierto opináramos que se le concediese y que se hiciera lo mismo con cualquiera otro que pidiera igual merced, a ver si á fuerza de crear se acababan todos, que puede que en esto de los partidos, suceda lo que en medicina acontece con el sistema homeopático, que cura la dolencia, dicen sus adeptos, lo mismo que la produce.

En este caso habíamos encontrado el medio de quedarnos sin partidos, y de que España descansase de sus trabajos y se librara de tantos salvadores como le han salido, que bien lo necesita.

CONOZCÁMONOS.

Por consideraciones fáciles de alcanzar hemos venido esquivando tratar de lleno la cuestión relativa al planteamiento de la unidad católica en España.

Hoy que el último decreto sobre prensa no nos veda discutir y proclamar muy alto la santidad y veneración que profesamos a aquel principio vamos a dedicar algunas líneas al asunto, sin perjuicio de tratarlo otro día con la detención y estudio que por su naturaleza merece.

Nuestros estimados colegas *El Pabellón Nacional* y *El Eco de España* vienen desplegando bandera y declarándose sostenedores firmísimos de ese precioso principio que tan alto colocó el nombre de la patria, y cuya gloriosa enseña es la que enarbola el noble pueblo de Castilla al acometer sus empresas y al luchar en los combates.

Mucho nos place, como católicos antes que todo, ver la noble, la patriótica y serena actitud en que se colocan nuestros colegas, cuando se trata del sentimiento católico, tan arraigado en el pueblo que registra en sus páginas nombres tan gloriosos como el del Salado, San Quintín y las Navas.

La unidad católica, dice valiente y resueltamente *El Pabellón Nacional*, no es bandera carlista, ni alfonsina, ni de ningún partido, es el estandarte de las Navas, el Salado y Lepanto; pero entre la unidad religiosa como forma política y la intransigencia con su carácter fanático, median abismos que el colega no debiera ignorar.

Es cierto; la unidad católica, ese carácter distintivo de Nuestra Santa Madre la Iglesia, proclamado en sus dogmas, santificado por sus leyes, acrisolado por sus mártires, no puede ser, no es el patrimonio de ningún partido, por grande y poderoso que sea. Es el bendito legado de Jesucristo, el áncora de salvación para los pueblos, que se encuentran agitados y divididos como el nuestro por el espíritu de razas, castas ó banderías; es la bandera preciosa que la humanidad cñe en sus manos desde el principio de las sociedades y el origen de los pueblos.

Nada tienen que ver las opiniones; plaza deben hacer los partidos, dando tregua a sus divisiones, y aniquilando sus diferencias cuando en el pueblo católico que arrulló su cuna se van a discutir para después entronizar principios de trascendencia suma, y que afectan a la preparación religiosa, moral y social de presentes y venideras generaciones.

